

HCR

056

R454-rc

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

COSTA RICA

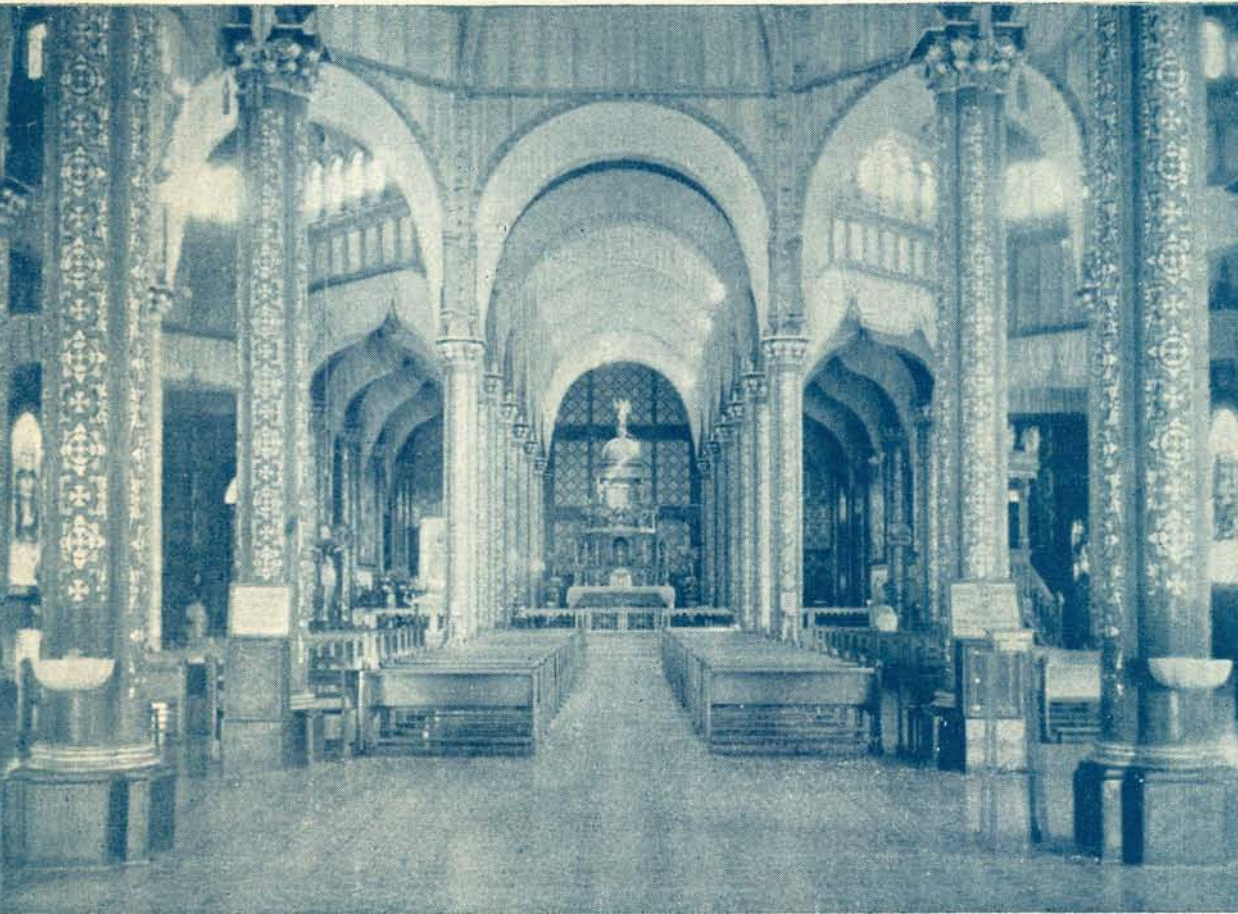
AMERICA CENTRAL

Año XI

Domingo 13 de Abril de 1941

No. 461

LA BASILICA NACIONAL



Interior del bellissimo Santuario de Nuestra Señora de los Angeles, Patrona de Costa Rica

TIENDA DE CHEPE ESQUIVEL

Avenida Central. Esquina opuesta de
Mercado

Prepárese para el invierno,
en esta tienda encontrará usted las
mejores y más baratas

Capas impermeables

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

El retrato de una madre

Uno de los soldados llegados a Manila en el crucero "Raliench" relata este rasgo conmovedor de un marino de la flota americana.

Algunos instantes antes del principio de la batalla naval de Manila en el momento en que se daba la orden de "al combate" a uno de los muchachos del buque se le cayó su chaqueta al agua. Quiso saltar para cojerla, pero se le prohibió que lo hiciera. Corrió entonces por el otro lado, se sumergió y volvió a aparecer por la superficie con la prenda de ropa.

Se le aprisionó por la desobediencia.

Después de la batalla, el almirante hubo de pronunciar la sentencia del joven, y se le condenó a varios años de prisión. El comandante preguntó al culpable lo que le había determinado a desobedecer en un momento tan grave.

El muchacho sacó de la bolsa de su chaqueta una fotografía que le alargó al Juez: "Por nada del mundo habría querido perder el retrato de mi madre."

El almirante se conmovió profundamente.

Abrazó al pequeño marino, y le dijo a los asistentes:

—"Boys, los que arriesgan su vida por el retrato de su madre, saben darla por la patria. No hay necesidad de aprisionarlos."

Y puso en libertad al marino.

"Sería inconcebible que los que consagran tan laudablemente sus energías a las obras de apostolado, no advirtiesen que es un deber suyo poner el periodismo católico en el primer rango entre los instrumentos tan necesarios y eficaces de su apostolado. Ayudar al diario católico, alentarle y defenderlo significa llevar la luz de la fe a los que dudan, orientar las conciencias extraviadas, enderezar las inteligencias perturbadas por las falsas doctrinas, defender la moralidad de los individuos y de las familias, y evitar a la sociedad catástrofes, cuyos terribles episodios tenemos ante la vista.

Pío XII

Betina de Holst Hijos

Galones plateados y dorados; borlas; Géneros de lino para manteles de altares; Encajes de lino para estos manteles; Bellísimas flores y todo lo que usted necesite para la Primera Comunión de sus hijos.

DIRECTORA:

SARA CASAL Vda. DE QUIROS

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA mi casa de habitación

BARRIO: La California
Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción mensual

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XI

San José, C. R., 13 de Abril de 1941

No. 461

La Semana Santa

Dichosamente en Costa Rica hay mucho devoción y respeto durante la Semana Santa, hasta los que no son muy piadosos se les ve en las procesiones con mucha reverencia, pues todos los sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo vienen a la memoria de todos los católicos y se unen para sentir tanto dolor, para implorar perdón y misericordia de ese Corazón de Jesús que fué crucificado para salvarnos.

Verdaderamente que impresionan mucho todas las ceremonias de esa Semana que se consagra a la Pasión del Señor. Las procesiones son bellísimas y ojalá fueran cada día más hermosas porque es una manera de demostrar a Jesús que no olvidamos sus dolores y que deseamos estar íntimamente unidos con El, como si hubiéramos estado hace dos mil años en Jerusalén.

Meditar en la Pasión Dolorosa es algo que eleva nuestras almas hasta el Corazón de Jesús para unirse con El en sus dolores, para pedirle perdón por nuestras culpas, para pedirle que nos dé luz para conocernos y trabajar en nuestro mejoramiento espiritual que es lo más importante para

nuestra alma pues esta vida no es la vida, es un pasaje muy corto que la misericordia divina nos ha puesto para ganar una eternidad feliz.

El mundo sufre horriblemente, esa guerra que no se acaba tiene manando sangre tantos corazones de madres, padres, hijos, esposas, hermanos... Sufriendo la ausencia de seres queridos, seres que fueron la esperanza del hogar y para muchos su sostén...

Si la humanidad estuviera formada a base de las doctrinas de Jesús, si hubiera vivido en la caridad fraterna, en el amor de Dios y al prójimo, no existirían las guerras porque todos los hombres se amarían y la discordia no tiene razón de ser donde el amor reina.

Ya que hemos palpado los horrores de la guerra y sus consecuencias, la humanidad debiera, con esta experiencia tan amarga, preocuparse por formar un mundo mejor, reinando en él las doctrinas evangélicas para que Jesús reine en todos los corazones, que su amor nos haga sentirnos verdaderos hijos suyos y hermanos de nuestros prójimos para que la PAZ reine en el mundo.

Ceremonias de Semana Santa

En el corto período de ocho días se resumen los más altos misterios del cristianismo. El primero y el último recuerdan los triunfos del Redentor.

El domingo de Ramos, para recordar la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalén, se cele-

bra una procesión en que se llevan ramos bendecidos antes de la ceremonia. Al regreso las puertas de la Iglesia se hallan cerradas. El celebrante llama a ellas tres veces con el asta de la cruz, diciendo: "Príncipes, abrid; puertas cerradas, abrid y el Rey de la gloria entrará".

La parte del coro que se halla en el interior pregunta:

“¿Quién es ese Rey de la gloria?”

Y los de afuera replican:

“Es el Señor fuerte y todopoderoso en el combate”.

Tres veces se repite la misma pregunta e igual respuesta y las puertas se abren al fin.

A la procesión sucede una misa cuyo evangelio es el relato de la Pasión del Salvador, y da principio el duelo religioso en que se sume la Iglesia hasta el día de la Resurrección.

A contar desde el *Miércoles Santo* tiene lugar el oficio llamado de las *Tinieblas*, en que se cantan las lamentaciones del profeta Jeremías. Al final de esta ceremonia desaparecen las luces en conmemoración del eclipse de sol que se verificó al morir nuestro Señor. Las matracas se agitan para representar el temblor de tierra.

Los oficios de *Jueves Santo* reproducen la inmortal escena en que Jesucristo, rodeado de los apóstoles, instituyó el Sacramento de la Eucaristía. En este día los obispos consagran los santos óleos para la administración del Bautismo, de la Confirmación y de la Extremaunción, y por la tarde se celebra el lavatorio de pies a los pobres.

En Roma el Papa los lava y da de comer a trece de diversas naciones, y no a doce, porque según se cuenta, estando San Gregorio Magno, sirviendo a doce pobres, distinguió a otro que no era sino un ángel revestido de forma humana. En la iglesia de San Gregorio, construida en Roma en el terreno que ocupaba la casa de este gran Papa, se lee en latín un dístico que dice:

Gregorio daba de comer a doce pobres, cuando vino un ángel a colocarse en la mesa y completó el número de trece.”

El *Viernes Santo* es el recuerdo de la muerte del divino Maestro. El altar se halla despojado de sus adornos, los cirios apagados, los sacerdotes vestidos de ornamentos negros y hasta el sacrificio de la Misa se suspende. En una larga serie de oraciones la Iglesia ruega por todos sus necesitados, y hasta por sus enemigos, tales como los judíos y los infieles. Cada oración va precedida de la invitación de arrodillarse, pero en el momento en que el celebrante va a cantar la oración por los judíos, el diácono omite la invitación. La Iglesia recuerda que esta nación deicida se hincó también de rodillas por irrisión delante del Salvador. Después viene la historia de la Pasión, según San Juan. En seguida se descubre la imagen de la Santa Cruz, que está cubierta desde el Domingo de Pasión y se canta:

“He aquí el madero de la cruz en que pereció el Salvador del mundo; venid y adoradle.”

Y para la adoración se coloca en las gradas del altar adonde concurre descalzo el clero a prosternarse. Durante la adoración, el coro repite las tiernas quejas que Jesús dirige a su Pueblo amado y desagradecido.

El *Sábado* los altares recobran sus adornos. Bendícese el fuego nuevo. El sacerdote bendice también el cirio pascual, emblema del Salvador resucitado, y después de una serie de cantos victoriosos, el diácono enciende el cirio con el fuego nuevo que se ha extraído del pedernal y sucesivamente las velas y las lámparas reciben luz de este cirio simbólico y clásico.

SOLO

Jabón SAN LUIS

con su espuma menuda y PERSISTENTE, le dará a Ud.

BUEN RENDIMIENTO

EN EL LAVADO
DE SU ROPA

INDUSTRIAL SOAP Co.
Agustín Castro & Cía.

El dolor de Cristo

Por Angel Llamera del Rey

Qué grande es la capacidad del ser humano para el dolor! Parecería que Dios al formar al hombre hubiese querido hacer un delicado instrumento en el que encontrara eco esa gama de vibraciones lacerantes que si bien se sabe donde comienza siempre se ignorará donde termina porque siempre hay un dolor mayor que otro dolor, una angustia mayor que otra angustia, una agonía mayor que otra agonía.

¡El dolor físico y el dolor moral! ¡El dolor del cuerpo y el dolor del alma! ¡Qué capacidad infinita posee para sentirlos ese pobre gusano que es el hombre!

Y a medida que asciende en la escala de la perfección, a medida que se afinan sus sentidos y se agrandan los horizontes de su espíritu, más cantidad de dolor —si es que el dolor puede medirse en cantidad— admite el receptáculo de su sensibilidad física, mayores y más refinados son los tormentos de su alma, cuando se sumerge en el piélago insondable de la desesperanza.

He aquí por qué Cristo, que fué el hombre más perfecto tanto en el cuerpo como en el espíritu, sufrió con mayor intensidad que cualquier otro puesto en el mismo trance.

Era la crucifixión el suplicio más atrocemente bárbaro que la crueldad humana pudo haber escogido para vergüenza e ignominia de la especie. Procedente del Asia, maestra en el arte de la tortura, adoptóla Roma, si bien para aplicarla a criminales de ínfima estofa: esclavos, salteadores de caminos y asesinos.

Comenzaba la ejecución de la sentencia por una flagelación aplicada con varas de olmo o látigos formados por tiras de cuero cuyos extremos tenían esferillas de plomo, y este castigo se infligía en forma tan despiadada que muchas veces el infeliz reo perecía en él, pudiendo en este caso considerarse dichoso, pues le evitaba la suprema tortura de la crucifixión. Se supone que a Jesús le fueron aplicados por lo menos cinco mil azotes y si no murió en el terrible castigo fué porque su destino era agotar hasta el fin el cáliz de la amargura y éste tendría su culminación en el afreñoso patíbulo de la cruz.

Luego, si el condenado conservaba fuerzas suficientes a pesar del bárbaro suplicio, se le obligaba a cargar con la cruz hasta el lugar donde iba a ser ajusticiado, que por lo general se encontraba en las afueras de las ciudades populosas, y así se hizo con Jesús.

Llegado el reo al lugar del suplicio, se le despojaba de sus vestiduras, las que por derecho pertenecían a los ejecutores de la justicia, permitiéndoseles únicamente conservar un paño ceñido alrededor de la cintura por exigirlo así la decencia. Luego se le ataba a la cruz para que con sus movimientos desesperados no obstaculizara la cruenta tarea de los verdugos, y se procedía a perforar a martillazos, aplicados sobre gruesos clavos, las manos y los pies del condenado hasta sujetarlo al fatal madero, que finalmente era izado hasta ponerlo en posición vertical, introducido su extremo inferior en una hoya profunda en la que se lo calzaba con piedras.

Así permanecía el desdichado a veces hasta tres días sin morir, pues la muerte no se producía —como pudiera creerse— por la pérdida de sangre, ya que ésta cesaba pronto de manar, pues la tumefacción producida en las heridas lo impedía.

El suplicio de Cristo sólo duró tres horas. Su cuerpo se encontraba tan debilitado por los malos tratos recibidos anteriormente —la brutal flagelación sobre todo— que no pudo resistir más.

He aquí descrito en breves palabras el espantoso tormento a que fué sometido el Salvador y que no debe considerarse en abstracto, sino concretándolo a su naturaleza perfecta en todos los sentidos y, por consiguiente, mucho más sensible al dolor físico que cualquier otro ser humano colocado en idénticas circunstancias.

Y con ser inenarrable el sufrimiento físico de Cristo, fué mucho más intenso aún el dolor moral. La intensidad a que puede llegar este dolor expresóla ya un poeta en aquellos versos:

*que a veces Dios en tributo
de su justicia ofendida
todo el dolor de una vida
reconcentra en un minuto.*

¡Todo el dolor de una vida concentrado en un minuto! Todos los dolores de la Humanidad entera durante los siglos pasados y por transcurrir, todo el dolor condensado a lo largo de milenios —¡y los hombres han sufrido tanto!— y los que han de ser en el transcurso de los tiempos, todos los concentró Dios por un milagro de su omnipotencia en las horas de infinita angustia que Cristo vivió muriendo en la Cruz hasta el extremo de que agotadas sus fuerzas lanzó aquella exclamación suprema, compendio de todas las amarguras y de todos los sufrimientos:

¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me abandonaste?

¿Qué pasó en aquel instante en el espíritu de Jesús? ¿Qué abismo de dolor, qué piélago de amargura debió abrirse delante de él para obligarle a formular aquella queja de infinita angustia?

He aquí un misterio que jamás podrá comprender el hombre.

El dolor de la ingratitud, el dolor de la incompreensión, el dolor de la amistad traicionada, el dolor de saber que no obstante haber vertido

esa sangre preciosa hasta la gota postrera, esa sangre preciosa habría de ser inútil para tantos como no supieron aprovecharla entonces ni la aprovecharían jamás a lo largo de las futuras generaciones..., todos estos dolores se confundían en uno inmenso, innarrable porque en él se mezclaban sin confundirse todas las quejas, todos los lamentos, todas las lágrimas que la humanidad había vertido y habría de verter hasta la consumación de los siglos.

Durante la oración en el huerto de Getsemaní, previendo lo que había de ocurrir horas después, dándose cuenta exacta de la magnitud de los dolores que descargarían sobre El, ya Cristo había elevado a su Eterno Padre aquel ruego sublime en su sencillez y patético en el absoluto acatamiento a la voluntad divina: *Padre mío, si es posible, aleja de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya.*

Este ruego humilde, sumiso, pleno de fervor y de resignación ante los designios de la Providencia, podrá darnos una idea aunque pálida de la intensidad sin límites del dolor de Cristo en el supremo trance de su Pasión.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

El Divorcio

De una conferencia del Padre Laburú

Nace el divorcio de pasión, enmascarada con el sentimentalismo y el disfraz de traje filosófico, pero contiene algo más trascendente que la ruptura del vínculo en tal o cual caso determinado.

Se quiere, con el divorcio, hacer saltar en añicos, como con dinamita, el sillar básico de la sociedad, que es la familia.

Se quiere demoler la familia, para que, una vez suprimida, se pueda impunemente atacar a la religión, al orden y a la propiedad.

Es el divorcio una arma predilecta contra la Iglesia; es un cebo en donde, atraídos con el cebo de las pasiones, van cayendo multitudes, que, una vez aprisionadas en él, fácilmente se ha conseguido separarlas de la Iglesia. Porque, señores, el divorcio no es una panacea que evita los conflictos conyugales, ni contiene el bien de la sociedad en que se implanta.

La psicología y la Historia enseñan con evidencia intuitiva que el divorcio intrínsecamente contiene la desgracia de la sociedad en que se implanta, y lleva la ruina a la sociedad conyugal.

La psicología enseña señores, que el ceder a la pasión, robustece esa pasión, nunca acalla esa pasión; porque a la pasión consentida que ha saboreado su cebo, se le ha aumentado con ello el ímpetu del deseo de poseerlo más por completo y con mayor duración.

Si la pasión sabe que es posible que se consienta a sus tendencias, se agigante en su forcejeo, y pone en juego todos los resortes de astucia y de fingimiento, de audacia y de osadía.

¡Qué bien lo ha declarado Balmes!: "Dad entonces, tienda suelta a las pasiones del hombre; dejadle que de un modo u otro pueda alimentar la ilusión de hacerse feliz con otros enlaces, que no se crea ligado para siempre y sin remedio a la compañera de sus días, y veréis como el fastidio llegará más pronto, cómo la discordia será más viva y ruidosa y veréis cómo los lazos se aflojan luego deformados, cómo se gastan al poco tiempo, cómo se rompen al primer impulso."

¡Qué profundamente concluye León XIII: No hay freno tan poderoso, que, una vez concedida

la facultad del divorcio, tenga fuerza para contenerle dentro de ciertos límites!"

Como cuando las grandes masas de agua de millones de metros cúbicos, tranquilas y remansadas en los pantanos, logran violentar una compuerta, se precipitó en torrente arrollando cuanto a su paso encuentran, así, señores, el ímpetu pasional cuando franquea la barrera de la absoluta y férrea indisolubilidad, arrolla todo: prole, hogar, sociedad.

Cuardeado el vínculo conyugal, es, señores, de juristas de mentirijillas creer que van a encauzar y regular el divorcio con las leyes que estampen en sus códigos. Lo mismo, señores, que con diques de papelitos de fumar, querer detener y encauzar los precipitados torrentes de las inundaciones.

A las pasiones, da la psicología, señores, que sólo se las domina no cediendo desde el principio.

La pasión que sabe, desde que asoma, que es del todo imposible lograr la satisfacción de sus tendencias; la pasión persuadida de que ni la más remota y ligera esperanza le es posible alentar en el logro de su intento, da la psicología, señores, que esa pasión se doblega, que esa pasión se entrega rendida a la razón.

Ante la pasión que ansía por el divorcio "proclamad —dice Balmes—, proclamad la ley que no exceptúe ni a pobres ni a ricos, ni a débiles ni a potentados, ni a vasallos ni a reyes, que no entienda de diferencia de situación, de índole, de salud, ni a tantos otros motivos que en manos de las pasiones, y sobre todo entre los poderosos, fácilmente se convierten en pretextos; proclamad esa ley como bajada del cielo, mostrad el lazo del matrimonio como sellado con un sello divino, y a las pasiones que murmuran decidles, en alta voz, que si quieren satisfacerse no tienen otro camino que el de la inmoralidad, pero que la autoridad encargada de la guarda de esa ley divina jamás se doblegará a condescendencias culpables, que jamás consentirá que se cubra con el velo de la dispensa de la infracción del precepto divino, que jamás dejará a la culpa sin el remordimiento; y entonces veréis que las pasiones se aba-

ten y se resignan, que la ley se extiende, se afirma y se arraiga hondamente en las costumbres. y habréis asegurado para siempre el buen orden y tranquilidad de las familias y la sociedad os deberá un beneficio inmenso."

Y, con su profundidad natural, dice Santo Tomás: "El amor mutuo de los esposos será más fiel si ellos saben que están unidos inseparablemente: cada uno de ellos velará con más cuidado por los intereses domésticos, si comprenden que van a vivir perpetuamente en la posesión de los mismos bienes."

Y, señores, esto que da la psicología sobre el divorcio, lo confirma plenamente la Historia.

Cosa que así tenía que ser, pues la psicología, si es verdadera y no utópica, ha de nacer de la realidad bien conocida del complejo de la vida.

La Historia, la gran maestra de la vida, nos

enseña que el divorcio es atentatorio, por su misma esencia, contra los fines primarios y secundarios del matrimonio.

El divorcio, da la realidad histórica, que es el destructor del matrimonio y de la familia. El divorcio cuarteo los cimientos de la sociedad.

Los fines primarios del matrimonio, la procreación y educación de la prole hasta la edad perfecta, hechos añicos por el divorcio.

Sumamente psicológico. Nace de la esencia del divorcio, que atiende al refinamiento egoísta del placer de los contrayentes. ¿Para qué engendrar, si la prole concebida no trae sino cuidados, responsabilidades, gravámenes económicos, ataduras opresoras que perturban el gozar sin estorbos el placer egoísta de la vida? El hijo, en el hogar divorcista es un perturbador y un intruso.

Continuará.

Carmen Hernández de Guerrero

El fallecimiento de esta virtuosa señora nos impresionó profundamente porque la conocimos personalmente y pudimos admirar su preciosa alma. Toda bondad y dulzura, una mujer exquisitamente cultivada, esposa modelo, madre cariñosa y excelente amiga. Verdaderamente admirable, la mujer santa del evangelio. Piadosa, carita-

tiva y sufrida en las pruebas de la vida. Enviamos nuestro más sentido pésame a su afligido esposo e hijos, que Dios les dé mucha resignación en tan profundo dolor.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de doña Carmen.

Los hombres que se necesitan

Hombres que no pueden ser comprados.

Hombres cuya palabra sea una garantía.

Hombres que pongan su carácter sobre todo lucro.

Hombres de opiniones sanas y firmes, y que obren en armonía con ellas.

Hombres que pudieran ser hombres de bien antes que millonarios.

Hombres que no estimen provechoso lo que no sea honesto.

Hombres que sean honrados tanto en las cosas pequeñas como en las grandes.

Hombres cuya ambición no se limite a ellos únicamente.

Hombres que estén listos a sacrificar el bien propio al bien público.

Hombres de valor y no cobardes que se dobleguen ante exigencias indebidas.

Hombres de una sola cara; es decir, que no sean distintos como hombres de negocios, de como son en su vida privada.

HOMBRES QUE ABUNDAN:

Hombres veletas.

Preciosa novela

“...más mata una mala lengua
que las manos del verdugo.”

Carmen Romero dió media vuelta y empezó a tratar de salir de la sala. Tarea difícil. Para lograr abrirse paso entre el compacto gentío que llenaba la exposición repartiendo codazos a diestro y siniestro—se hubieran necesitado unos brazos mucho más fuertes que los suyos. A ella no le permitían esto, ni su educación ni sus fuerzas. Y estaba mareada. Tanta gente, tantos perfumes, la alharaca que movían comentando, riendo y charlando, y, más que nada, la lata de adulaciones, enhorabuena y plácemes que había tenido que aguantar en su calidad de madre del pintor. No veía el momento de poner los pies en la calle y respirar a pleno pulmón el aire fresco del atardecer.

Escurriéndose hábilmente entre los grupos con un “Perdón” acompañado de una sonrisa, la viuda de Armengod llegó, al fin, a columbrar la cancela giratoria tras de la cual se divisaba el tráfico de la calle de la Paz. Y entonces, cuando no le faltaban ya más que algunos palmos para lograr asir con su mano enguantada la manivela niquelada de la mampara, un comentario la dejó inmovilizada—no por el estupor ni por la sorpresa, que ya “aquello” iba escarbando en su interior hacía días—sino por la contrariedad y la rabia. ¡Aquel sinvergüenza de su hijo...!

Fueron unas muchachas quienes lo dijeron: trajes ceñidos, labios de un rojo escandalosos, cejas como hilos que daban a las caras expresiones absurdas, cabellos teñidos de un rojo de Judas... y cerebros vacíos donde no se hubieran podido hallar entre las virutas de la frivolidad, ni tan sólo dos ideas que pesaran una onza. Aquel tipo de mujer ultramodernista, había tenido desde siempre la virtud de ponerle todos los nervios de punta a Carmen Rome-

ro, que en su calidad de burguesa rutinaria y casera—muy mujer de hogar—era su antítesis. Esta tarde las odió sinceramente. En su dolor y en su ira, no se dió cuenta de que ellas no hacían sino repetir lo que oían y que el verdadero merecedor de un mordisco o de un cachete era el pinta de su hijo.

—Oye tu, Maruchi: mira qué mujer más estupenda.

—¿Cuál? ¿Esa campesina rusa?

—Sí.

—Verdad, chica. Me gusta horrores.

—Pues a Julio Armengod también debe gustarle porque la repite en todas sus figuras de mujer. ¿Te fijas? Mira aquí. Y aquí... Y allá. Y en aquel lienzo del rincón. De frente, de perfil, en trajes de época, en retrato moderno, en vestido de baile, en...

—Sí, no te canses. Hasta en traje paradisiaco, ya lo veo. Será su modelo.

—Su modelo, desde luego lo es; pero hay quien dice que es también algo más.

—Eso no es de extrañar entre pintores y modelos...

—No es una modelo vulgar.

—¿No?

—Es una aristócrata rusa... o polaca... o checoeslovaca. Esta liada con él.

—¡Qué colosal!

No quiso oír más la viuda de Romero. Salvó la distancia que la separaba de la cancela giratoria y puso la mano en la hoja. Entonces, alguien la detuvo poniéndole cinco dedos, suavemente, sobre el hombro. Se volvió con prontitud y se encontró encarada ante una señora alta, elegantísima, muy simpática, que la miraba sonriendo a través del velito de su sombrero.

—¡Hola, Pepita! —exclamó la de Romero cordialmente.

—¡Cuán'o me alegro de encontrarte, chi-

ca! No se te ve... ¿qué es de tu vida? — inquirió Pepita Armengod besándola cariñosamente.

—¿Mi vida? Un torbellino, hija de mi alma. Desde que ha venido mi hijo, no paro. Con decirte que he tenido que buscar una muchacha más para que ayude al servicio... ¡un horror, chica! Y con los que me gusta a mí la tranquilidad, ando desquiciada. Continuamente gente a almorzar o a comer. Una tarde sí y otra no —como quien dice— hay que improvisar un té o una merienda, porque Julio se deja caer con amigos. No me duele el gasto; pero me vuelvo loca el mareo...

—Ya. El ser mamá de una celebridad también tiene sus quebras. Mi enhorabuena, chica. Ya he leído la prensa. Y vengo de ver los cuadros de tu hijo. Esto—y se volvió señalando las paredes cubiertas de lienzos— si no me equivoco, es un triunfo.

Carmen Romero acogió con frialdad el parabién de Pepita Armengod, prima de su marido y, más que parienta, amiga entrañable. En su frente todavía tersa, pese a sus cuarenta y siete años, se frunció un pliegue de preocupación que no pasó inadvertido a su inteligencia interlocutora. Sin responderle, la viuda bajó a la acera ribeteada por larguísima hilera de automóviles de buenas marcas que debían pertenecer a los que en aquellos momentos estaban en la exposición admirando los cuadros de su hijo. Sintió un ligero orgullo amargado al punto por el recuerdo de "aquello" tan desagradable que momentos antes oyera.

Pasaba un tranvía abarrotado. Era jueves. Un jueves soleado, lleno de perfumes de primavera, y todas las criadas de Valencia parecía haberse echado a la calle para celebrar el día de asueto semanal. Los cines ya no convidaban como en las tardes frías de invierno. Hacía demasiado calor y resultaban preferibles las alamedillas de Serranos, las frondas de la Gran Vía o los andenes de Monteolivete, junto al río, para expansionarse con los soldados. Ahora eran soldados solamente los que acompañaban a las churras, porque los estudiantes

andaban escondidos por los rincones de las casas de huéspedes matándose a estudiar para recuperar en este espantoso mes de mayo el tiempo perdido pródigamente en diversiones durante el curso.

Carmen se volvió hacia su parienta, después de haber echado una rápida mirada al reloj de la torre de Santa Catalina que señalaba las seis y unos minutos, y le dijo:

—¿A dónde ibas? Te acompaño.

—A la virgen. A rezar una salve.

—Pues vamos. También yo tengo que pedir algo y cumplirle una promesa de diez credos al Cristo de la Coveta. Esta noche no tengo prisa. Comeré sola.

—¿Y Julio?

—Los admiradores le dan un banquete en el Metropol —declaró secamente— para festejar su triunfo.

—Lo dices con algo de ironía y es preciso que te des cuenta de que, efectivamente, es un triunfo. Un triunfo indiscutible.

—No lo pongo en duda —tornó a decir Carmen, con una grave frialdad.

—Las pinturas son estupendas. Hay esos paisajes... ¡qué cosa más real! Parece que la naturaleza vibra y palpita en el lienzo ¿Y aquel cuadro de los gatitos jugando con la labor de lana olvidada en el cestillo? ¡Aquél romano que enreda con la patita en el ovillo! Y la señora gata madre mirando complacida cómo su prole se divierte desde el asiento comodísimo de una butaca... Estupendo. ¿Pues y los lienzos con figura de mujer? ¿Y aquel retrato de la campesina rusa?

Al oír mentar a la campesina rusa, Carmen Romero frunció el ceño. Mas Pepita Armengod no lo advirtió, ocupada en mirar un sitio por donde cruzar sin peligro de atropello el tráfico de la antigua plaza de la Reina. Y sin apercibirse de que sus palabras no eran gratas, continuó:

—Yo entiendo un poco de esto, chica, y te digo con franqueza que tu hijo me convence. Mientras yo miraba la campesina rusa, unos señores decían detrás de mí que

en el próximo Salón de Otoño tendrá una primera medalla.

—Así dicen también los críticos de Arte —hubo de conceder la viuda muy de mala gana.

—Debes estar llena de satisfacción... —insinuó Pepita.

Carmen Romero vaciló un instante antes de abrir la esclusa de su disgusto y sus contrariedades ante esta vieja amiga; pero estaba tan harta de callar y de disimular que halló consuelo en las confidencias.

—Sí, verdad? Es lo que vienen diciéndome todos y en todos los tonos desde que se abrió esa malhadada exposición. Y estoy hasta la coronilla, Pepita. "Estará usted llena de satisfacción y de orgullo, señora". Bueno, sí. Debía estarlo.

—¿Y no lo estás? — Preguntó atónita la Armengod.

—No lo estoy.

—¡Mujer! — exclamó Pepita, parándose y mirándola estupefacta.

—No, no he perdido el seso. No me mires así. Es que todo esto que a vosotros os parece un triunfo, no es para mí más que un completo fracaso. Todos mis sueños— los pocos sueños que pude salvar de otros naufragios— se los ha llevado el viento. Es que no sé lo que haría de ese granuja de mi hijo si en lugar de tener veinticinco años fuese un chiquillo al que se pudieran dar dos buenos azotes donde yo me sé.

La risa de Pepita Armengod brotó sincera. Tan espontánea y sin malicia que Carmen Romero no pudo siquiera pensar en molestarse.

—¡Pero Carmen!

—Sí, chica, sí. Julio está hecho un pinta. Es lo único que saco en limpio de toda esta hojarasca de adulaciones. Y yo tengo una contrariedad y un disgusto horribles. ¡Si su padre levantara la cabeza!

Una repentina gravedad vibró en la voz cálida de Pepita Armengod.

—Quizá no debas hacer al chico del todo responsable. Perdona que te reproche, Carmen; pero yo he pensado que tenía que suceder esto que está sucediendo... Lo pen-

sé muchas veces cuando veía cómo le educabas. ¿Le has contrariado alguna vez?

Sombria, Carmen, concedió:

—Nunca, Pepita.

—Pues ese es un mal sistema. Te lo digo yo que, aunque no he tenido hijos y, por lo tanto, no he podido educarlos, estoy especializada en pedagogía en mi calidad de profesora de esta ciencia en la Escuela Normal. J. Jacobo Rousseau dirá lo que quiera, pero no se debe dejar crecer a un niño sin enderezar sus inclinaciones. A la naturaleza no se le puede dar lo que pide. Los instintos no siempre son buenos y para eso está la experiencia de los padres y maestros: para ver dónde está el peligro y evitar que los inconscientes pequeños caigan en él. Tú sabías que la carrera que había elegido tu hijo debía ponerle en trances difíciles para su moralidad y sus buenas costumbres. Ni siquiera intentaste disuadirle de ella. Tal vez eso no te lo reprocho porque hasta cierto punto no debe torcerse una vocación; pero no has debido dejarle nunca entregado a sí mismo, solo, con dinero, viviendo por ese mundo entre gentes de una manga tan ancha como esos bohemios del Barrio Latino. ¿Qué, te extrañan ahora las consecuencias?

Estaban ya en la plaza de la Virgen, ante una de las puertas de la Capilla. Entraban y salían los devotos sin parar, entre dobles filas de pobrecitos que tendían sus manos.

Carmen suspiró, apesurada.

—Lo reconozco ahora. Demasiado tarde. De pequeño, sus caprichos fueron una ley para mí. Con un petaleo y una rabiata o con un beso, con una zalamería, hacía de mí lo que le daba la gana. Yo me quedé viuda tan joven... Y no tenía otra cosita en el mundo más que a él... y creía que el aire me lo iba a estropear. Me parecía un crimen contrariarle, negarle un gusto.

—Sí. Creías que de esa manera le querías mejor. Lamentable concepción del cariño, Carmen.

—Y ya ves tú en lo que hemos venido a parar. Ya empezó a darme bastantes dis-

gustos con la cuestión de los estudios. Le puse interno en San José. Yo no tenía más remedio que quedarme en el pueblo, para vigilar la fábrica y las tierras que eran nuestro único medio de vida, y el chiquillo no quiso estar interno. Yo debí imponerme según me aconsejaban; pero no lo hice. Me obligó a abandonar el cuidado de mis intereses dejándolos en manos de un procurador que habrá hecho con ellos todo lo que habrá querido.

—Hacienda, tu amo te vea...

—Eso es. Y si no que te venda. Y me tuve que venir a Valencia quieras o no para que hiciera el bachiller. Le puse a media pensión... Bueno. Mientras estuvo con los jesuitas se sujetó a la disciplina y estudió.

—Lo cual te prueba que lo que ese muñeco necesitaba para marchar bien, era una buena mano que lo dirigiera — atajó convencida Pepita Armengod.

—De mala gana, a remolque; pero estudió. Yo siempre pensé que estudiara ingeniería como su padre, siquiera para poder estar al frente de la fábrica. ¿Ingeniería has dicho? ¿Fábrica? ¡Que te crees tú eso! El hombre me dejó asombrada con la exigencia más desconcertante de todas la que había tenido hasta entonces. Me pidió ir a Roma a la Escuela de Bellas Artes. Quería ser pintor. Si me hubiera dicho que quería ser marino, o militar, o aviador... o algo muy distinto de la tradición familiar, yo me hubiera sorprendido; pero al fin, al ceder, lo hubiese hecho con gusto. Son profesiones respetables y que ofrecen seguridades económicas a quien las desempeña: un sueldo seguro. Pero pintor... ¡pintor! Es decir, un bohenio con la cabeza llena de ilusiones que por regla general no se realizan de cien casos en noventa y nueve. ¿Tú imaginas a un Armengod, nieto por ambas partes de industriales, es decir, de gente práctica que vive en la realidad de los números, pasándose lo mejor de su juventud en un sueño loco, completamente irrealizable? ¿Un Armengod, de la Casa Romero y Armengod, S. A. que desde hace

seis generaciones fabrican cerámica y mosaicos, dedicándose a la vida bohemia en la bohardilla de una casa de vecindad del Barrio Latino, con unas melenas hasta aquí y un cuello lleno de roña y un sombrero de alas anchas y una chalina colorada, o verde, o azul, o... bueno, de color que fuera? Di ¿Te lo imaginas?

—No pega mucho, la verdad, en una familia tan ordenada y metódica como la nuestra — se echó a reír la profesora.

—Me quedé de piedra. Por su puesto, como se quedó mi suegra. ¿Qué porvenir tenía esa carrera, vamos a ver?

—Si conseguía llegar... — empezó a insinuar Pepita.

—¿Y si no llegaba? ¿Qué? ¿Qué sería después de su fracaso, vamos a ver?

—Pues uno de tantos señoritos inútiles, sin oficio ni beneficio, ni preparación para el trabajo, que se estilan por ahí — respondió Pepita Armengod sin repulgos.

—Lo que yo pensé.

—Pero debiste oponerte, Carmen. ¿Para qué estaba tu autoridad de madre y de tutora? No, señor. Por aquí no se pasa. Tú estudias tu carrera — una, la que sea, que a mí tanto se me da — y cuando la acabes, como ya serás un hombre y podrás saber mejor que ahora lo que quieres, entonces ya puedes probar fortuna con los pinceles, si es que de aquí a allá no se ha llevado el viento la vocación.

—No lo hice. Fuí, como siempre, débil. Esas y otras claudicaciones han quebrantado ante Julio el ascendiente de mi autoridad. No puedo ya imponerme — declaró la viuda, desolada.

—Claro. Le has acosumbrado a hacer siempre lo que le ha venido en gana... Le has dejado entregado a sí mismo, respetando su independencia cuando todavía era un "mañaco", sin imponerle jamás un freno, ni una disciplina. El ha sido señor de sí mismo y esclavo de sus caprichos y de sus pasiones... Tendrás que darle cuenta a Dios, Carmen. Eso no es cumplir como madre.

(Continuará).

Las Siete palabras de Jesús en la Cruz

INTRODUCCION

*Es la hora tercera de aquel día
que le dejó su resplandor al mundo;
todo se cubre de dolor profundo
que gravita en la bóveda sombría.*

*Oyese en la brumosa lejanía
el estertor del trueno gemebundo
que lamenta, del Grande Moribundo,
la insólita y tristísima agonía.*

*¡En el monte de estériles granitos,
sobre el madero vil de los precitos,
rinde el Señor su forma transitoria
y los convierte con su sangre pura;
al monte, en pedestal de su figura
y a la Cruz, en insignia de su Gloria.*

I

¡Perdónales, Señor! No saben lo que hacen

*El Mártir del Madero Sacrosanto
baja los ojos con ternura inmensa
y en sus dulces pupilas se condensa,
trocado en lumbre de perdón, el llanto.*

*Ve a los soldados repartir su manto;
oye en las bocas germinar la ofensa
y distingue a su Madre que indefensa
se estremece de angustias y de espanto.*

*Mira en el porvenir, a las heridas
muchedumbres que en guerras fratricidas,
llevadas por su orgullo se devoran
y dice, levantando su mirada:*

*¡Perdónalos Señor! Na saben nada
si hasta su propia desventura ignoran.*

II

Hoy estarás conmigo en el Reino de los Cielos

*Dimas mira a Jesús y un solo instante
le basta para ver, de asombro lleno,
el resplandor purísimo y sereno
que ilumina su frente agonizante.*

*Reconoce en el mártir a un triunfante
que se levanta egregio sobre el cieno
y tomando su rostro al Nazareno
le dice con acento suplicante:*

*Cuando estés de tu Gloria, sobre el trono,
no me lances, Señor, al abandono.
Y Jesús, comprendiendo los anhelos
de aquella voz, contesta: —Yo te digo
que a pesar de tus culpas; hoy conmigo
estarás en el Reino de los Cielos.*

III

Mujer, he ahí tu hijo.—He ahí a tu madre.

*Escuchando a sus pies el Crucifijo
los ayes de la Virgen desolada,
convirtió hacia su Madre la mirada
y por secar sus lágrimas le dijo:*

*No llores más por mí—mujer—yo elijo
la muerte a mi destino designada;
llora por los que sufren, Madre amada,
todo el que sufre un gran dolor, es tu hijo.*

*Y señalando a Juan que tras el manto
ocultaba las huellas de su llanto,
“He ahí a tu Hijo—Mujer—añadió luego.
Y tú, le dijo a Juan—He ahí a tu madre.
Consolaos en el nombre de mi Padre
y juntos elevadle vuestro ruego.*

IV

Sed tengo

*La ineclipsable luz de su inocencia,
al mundo, desde el Gólgota, ilumina
extendiendo sobre él su cristalina
y jamás empañada transparencia.*

*El mártir de la pérfida inconciencia
que sereno a la mujer se encamina
padece, al expirar, la sed divina
de Amor y de Justicia y de Clemencia.*

*Y profiere —Sed tengo—. Oye su queja
la feroz turbamulta, que lo veja
blasfemando sarcásticos agravios
y aquellos despiadados centuriones
le brindan, entre risas y canciones,
una esponja con hiel para sus labios.*

V

Padre, por qué me habéis desamparado?

Se extingue entre los hálitos del viento

*la voz de salvación que al mundo admira
y el Salvador del Universo, expira
bajo la lobreguez del firmamento.
Nadie consuela su mortal tormento
aquel tumulto que a sus plantas gira
burlando su dolor, sólo respira
las cóleras de un odio turbulento.*

*Tiene un segundo de mortal delirio
y crece horriblemente su martirio
por espantosa duda cicatado;
pide misericordia al Dios Clemente
y le pregunta agónico y doliente:
Padre, ¿por qué me habéis desamparado?*

VI

Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu

*La tragedia del Gólgota concluye;
el sol entre los cúmulos bermejos
ocultando sus fúlgidos espejos,
hacia la cresta de los montes huye.*

*La claridad del firmamento rehuye
verter sobre la tierra sus reflejos
y el velo del gran templo hacia lo lejos,*

parece que se rasga y se destruye.

*Es que se acerca la hora perentoria
que ha de fijar su luminosa historia
sobre el reloj enorme del Destino;
es que el Gran Redentor de los humanos
ora y dice: Señor, entre tus manos
encomiendo mi espíritu divino.*

VII

Todo está consumado

*Se aproximan las sombras postrimeras;
su Misión soberana está cumplida,
sabe que ha de salvarse, redimida,
la humanidad de las futuras eras.*

*Sus palabras rotundas y certeras
palpitan en el Libro de la Vida
y escucharán su vibración sentida
todas las muchedumbres venideras.*

*Sólo faltaba la última tortura
para sellar con timbres de amargura
y de sangre su Muerte Redentora.
Su Reino extraterrestre lo reclama,
y al culminar su sacrificio, exclama
Todo está consumado. Llegó la hora.*

Qué hay que observar acerca de los libros, de su prohibición, calificaciones, normas y criterios?

(Tomado del libro de Padre Pablo Ladrón de Guevara: "Novelistas buenos y malos").

—o—

LIBROS. — Hablando en general de los libros, son ellos causa de grandes males, según sean buenos o malos. León XIII, después de haber dicho que "las astucias y arte de hacer mal de nuestros enemigos son innumerables, añade que, sobre todas las otras, está llena de peligros la intemperancia en el escribir y esparcir por el vulgo los malos escritos. Porque ninguna otra cosa, dice, se puede pensar que sea más perniciosa que ésta para contaminar las almas por el desprecio de la Religión y por los muchos incentivos de pecar."

Efectivamente, mientras por un buen libro se convirtió San Agustín, San Ignacio y tantos otros, Eutiques, de bueno se hizo heresiarca por un

libro maniqueo; Bardasano, de Siria, se pervirtió por otro de la herejía valentiniana; Aviato, con los origenistas; Bullinger, con uno de Melancthon; y pueblos enteros, con los de Wiclef, Voltaire y Rousseau. El error disfrazado con el ropaje de la verdad, hábilmente manejado por hombres diabólicos, hace tales estragos, sobre todo en aquellos cuyas pasiones están interesadas en hallar apoyo, aunque sea sólo aparente.

Entre todos los libros malos son más peligrosos las novelas, según el Concilio de la América Latina, las cuales enervan e impiden el vigor de la virtud cristiana bajo la aparente y curiosa forma de una mentida erudición y de fingidas narraciones." En ellas se da vida y personifica todo. Los errores más absurdos se colocan en tales cabezas y revisten tales circunstancias, que a los lectores temerarios les vienen a parecer las más grandes verdades. De las pasiones y vicios no hay

que hablar: los más repugnantes se pintan en personas tan amables, tan heroicas, que la mayor parte los va tomando poco a poco por virtudes, va pensando, queriendo y amando, como aquellos héroes tan amables y encantadores. Y aunque las novelas son de esas que se dice que no son malas, ¿cuántas hay que no sean de pasión, que no se hallen formadas de la lucha de los amores, ya siempre contrariados, ya al fin triunfantes, después de mil enredos? ¿No es verdad que las de amores más honestos ponen en conmoción las pasiones, principalmente de los jóvenes?

Mas supongamos que no sean de amores, que sean de inocentes aventuras: ¿no llevan en su mismo ser lo malo del género novelesco? ¿No es cierto que los aficionados a novelas quieren pasar de una a otra y estar siempre en semejante lectura, aborreciendo los estudios serios, cobrando un especial hastío de los libros piadosos, que son los que más necesitan? Siempre quieren vivir soñando en aquella vida fantástica, sintiendo repugnancia al trabajo, cobrando hábito de una vida muelle y perezosa.



La Iglesia, madre amorosísima prohíbe la lectura de malos libros

Toda buena madre que tiene conciencia de sus deberes de madre cuida minuciosamente de la salud corporal y espiritual de sus hijos.

Hay muy buenas madres, aman a sus hijos con todo su corazón y se vuelven locas cuando se enferman, si les fuera posible, llamarían toda la Facultad de Medicina para que asistieran a sus hijos en sus enfermedades corporales; en cambio la salud espiritual que es más importante la dejan abandonada completamente. Son poquísimas las madres y padres de familia que se preocupan por saber cuál es la lectura de sus hijos; los dejan leer todos los libros que corren como el aire, con toda libertad para hacer todo el daño que los espíritus maléficos que los inspiraron se propusieron hacer.

En Costa Rica, un país pequeño, a donde cualquier saneamiento, sea material o espiritual se puede hacer con toda facilidad, a base de una buena organización bien dirigida, se deja en completa libertad que los libros malos corran como el aire viciado.

Da pena y sufren las personas sensatas al ver anunciados libros temerarios. Y también ver expuestos en cierta vitrina libros que su solo título hace comprender la malicia y magnitud de su inmoralidad.

En otros países grandes, como la Argentina, las autoridades se preocupan por que ni siquiera entren al país esos maléficos libros, en la misma

aduana son quemados y en cantidades inmensas. Una vez se quemaron en Buenos Aires 250.000 libros malos.

Hay libros que so pretexto de científicos hacen gran daño a la juventud, y no hay tal, los autores lo que se preocupan es en corromper las almas. Y no se diga que son exageraciones, ya hemos visto que el programa judío-masónico es corromper la juventud, corromper la mujer, corromper la familia, para destruir el HOGAR, base de toda sociedad y una vez corrompido el hogar tienen en sus manos todo, porque ellos lo que quieren es destruir la moral y toda idea que signifique existencia de DIOS. Cuando apareció un libro de un famoso autor en su país hubo 45 suicidios de jóvenes; ese libro es el producto de un cerebro desequilibrado y perverso de corazón; todas sus obras son temerarias, da asco leerlas y lo peor de todo es que tienen atractivo; bien: si esos libros caen en manos de señoritas hacen desastres en ellas y las pierden para toda la vida y si son muchachos los desilusionan completamente y se vuelven tan desvergonzados como el autor.

Y como ese autor hay muchos, que su fin principal es pervertir la juventud. Desgraciadamente hay muchos padres de familia que no están preparados para comprender el daño que hacen las malas lecturas a la moral de sus hijos y lo que

menos se preocupan es seleccionar lo que ellos leen.

Bien: nuestra madre la Iglesia Católica que se preocupa siempre de la salud espiritual de sus hijos prohíbe todos esos libros indecentes, impíos, blasfemos, calumniadores, deshonestos, hipócritas, estrafalarios hasta la locura, faltos de verdad.

Y como existe un libro que clasifica a los novelistas malos y buenos, de él vamos a publicar algunas opiniones sobre autores que les pueden servir de guía a nuestros lectores.

Novelistas que no se deben leer:

CARLOTA M. BRAEME; novelista inglesa contemporánea. Su enseñanza suele a veces resultar inmoral y sus novelas son desde luego más de daño que de provecho.

CAROLINA INVERNIZIO: mala en ideas y en moral.

VICTOR HUGO: poeta, dramático, novelista; en su prosa y versos abundan las blasfemias, las calumnias contra la Iglesia, contra el Papa, Obispos y Clero. Con frecuencia habla de modo que parece un loco, o más bien poseído del demonio. Muy inmoral y fatalista.



Cómo es el Templo

La forma tradicional de nuestros templos no ha sido escogida al acaso, se ha adoptado la más adecuada a su objeto que es servir para que en ellos se celebre el Santo Sacrificio y se guarde la Sagrada Eucaristía.

De esa manera, la sola entrada a un templo cristiano debe suscitar en nuestro espíritu el recuerdo de la Santa Misa y el deseo de asistir a ella, o siquiera de hacer una visita a Jesús sacramentado.

Cuando se construye algún edificio, tiene cuidado el arquitecto de darle la forma que esté de acuerdo con su objeto y de adornarlo con ese fin. Así entendemos inmediatamente si un palacio merece verdaderamente el nombre de palacio; si un edificio destinado a los deportes, llena su objeto; si una sala de espectáculos ha sido ideada convenientemente.

Pues con el recinto destinado a la reunión de los fieles, para su asistencia a la celebración de los Sagrados Misterios, no podía suceder otra cosa.

Era natural que desde el tiempo de los Apóstoles se buscara una casa, una sala, un lugar conveniente para que los fieles estuvieran alejados del mundo y atentos, tanto a las instrucciones, cantos y ceremonias que era el preliminar de la Misa, a su celebración y a la Comunión.

Pero de esos lugares no nos queda ninguno. Además, eran sitios escogidos a más no poder, a falta de cosa mejor.

En eso vinieron las persecuciones, y uno de los refugios más comunes, sobre todo en la ciudad de Roma, fueron las Catacumbas. Todos, a fuerza de oír hablar de ellas, nos las imaginamos más o menos exactamente. Lo esencial es que entendamos que en toda esa serie intrincada y extensísima de corredores oscuros y estrechos, había lugares o cruceros más amplios, un poco mejor trazados, provistos de una piedra que era la losa que cubría el sepulcro de algún mártir o descansaba sobre piés del mismo material. Era el altar.

Allí se congregaba el clero y los fieles en torno del papa o del obispo; observaban la liturgia de la Misa lo mejor que podían y no querían separarse de allí ni después de su muerte.

Por eso los cuerpos de los mártires iban siendo sepultados en las galerías cercanas, lo más inmediato que era posible a esa capilla y a su altar; y aun los cuerpos de otros cristianos descansaban en los lóculos o sepulcros abiertos en las paredes, a uno y otro lado del lugar por donde se pasaba.

Pero, sobre todo, pronto comenzó un arte rudimentario, si se quiere, pero muy expresivo y venerado, a adornar aquellos luga-

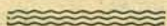
res con guirnaldas, festones y varias alegorías, de las que algunas todavía se conservan o adivinan. Allí estaba, por ejemplo, Jesús bajo la figura del Buen Pastor; allí María, como una matrona romana, en figura de orante, es decir con los brazos extendidos, como lo hace el sacerdote en varias partes de la Misa, o con el Niño en sus rodillas y una estrella en lo alto; o un Cáliz al que se acercaban a beber unas palomas o un Pez con un canasto de panes colocado sobre su dorso, o Jonás saliendo de la ballena, como figura de la Resurrección. El pez, sobre todo, simbolizaba a Cristo, porque las letras de que consta su nombre griego son las iniciales de: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador.

Como se ve, los ojos, el corazón, el arte, todo iba, como podía, hacia el centro que era la celebración de la Sagrada Eucaristía.

Alcanzada la paz, por medio del emperador Constantino, se multiplicaron prodigiosamente los Templos por todo el imperio

romano, adoptándose muchas veces salas ya existentes, que constituyeron las Basílicas o Salas regias. No puedo detenerme a describirlos su disposición. Pero me basta con hacerlos ver que el altar era el centro; hacia atrás quedaba el trono del Obispo, es decir del celebrante y el Presbiterio o lugar donde estaba el Clero que le asistía, y hacia el lado de acá los fieles, divididos los hombres de las mujeres. De esa manera todos estaban en torno del Altar y todos podían participar más directamente en el canto y las ceremonias y ver lo que se hacía u oír tanto las lecturas e instrucciones dirigidas a ellos, como todo lo demás en que eran parte activa.

De nuestros Templos no os diré nada especial, sino que, por poco que os fijéis, veréis que toda su razón de ser es la Divina Eucaristía, y que, hasta donde os lo permita su disposición y la aglomeración de la gente, procuréis imitar la manera de oír Misa de los antiguos cristianos.



Del diario de Elisabeth Leseur

Jueves Santo, 20 de marzo de 1913.

¡Cuán bien entiendes, Tú, Señor, en pulimentar las almas, y cómo, en tus manos, el sufrimiento es un obrero de purificación! ¡Te has dignado, acaso, aceptar mi íntima inmolación? A pesar de los indecibles bastíos, pruebas, privaciones del alma y del cuerpo, puedo, sin embargo, pronunciar un gozoso "FIAT", si con tantas y tan dolorosas penas alcanzo de Tí la realización de mis deseos, todas las gracias que espero; si mis sufrimientos son útiles a las almas. ¡Te ofrezco todo, amado Jesús y Maestro mío!: aridez, despojos, soledad del alma, privación actual de los auxilios religiosos, agobiadores miserias del cuerpo. Los demás deben conocer tan sólo una parte de estas pruebas; la mejor será para Tí, y Tú lo sabrás lo que cuestan ciertos esfuerzos, cuanto me humillan ciertas debilidades. A estos mismas quiero darles buena acogida, ser amable y sonriente con el prójimo, con el sufrimiento, con todo y para todos.

Durante estas cuatro semanas tan penosas, una visita de Nuestro Señor Jesucristo ha venido a iluminar mi vida y mi corazón. Soy, en la actualidad, una desterrada del Sagrario, y tengo hambre de Jesús Eucarístico. ¿Me será dado ir el domingo a expresarle mi alegría por la Resurrección y renovarle el ofrecimiento de mis pruebas? Pasaré estos santos días en la soledad espiritual, en las privaciones, en la desnudez... Sí, pero mi muy amado Salvador está muy cerca de mi corazón, mi alma está unida a la Cruz y yo no quiero más que el cumplimiento en mí, de la voluntad divina. ¿No es acaso un grande honor, ser escogida por Jesús para sufrir, en este bendito aniversario de sus dolores y de su muerte en la Cruz?

Si, en medio de todos los combates, de todas las penas, de todos los sacrificios de la vida, del alma y del cuerpo, quiero ofrecer a Dios, desde lo más profundo, desde lo más íntimo de mi ser, una entera y gozosa adhesión a su siempre santa y amadísima Voluntad.

20 de febrero de 1913.

Me voy convenciendo más y más de que Dios no quiere para mí la vida activa, al menos hasta nueva orden. Lo que parece aguardar de mí, es el apostolado por la oración y el sufrimiento. ¡Qué bendita vocación y cómo voy a esforzarme por responder a ella mejor que hasta el presente, amando la cruz de Jesús, "llevándola cada día", depositando sin cesar en su divino Corazón, mi

carga de penas, privaciones y debilidades! Austera para conmigo, quiero ser para el prójimo toda dulzura y ternura; vivir en íntima unión del alma con mi buen Jesús, trocar todas las monotonías, las pequeneces, los humildes deberes de mi vida, en otras tantas súplicas para las almas; tener un alma eucarística, no perder nunca de vista mi vocación de sufrimiento, de oración y de reparación.



Recetas de Cocina

Pescado a la Española

Se escama el pescado, se lava y se seca muy bien, se le hace una incisiones de ambos lados para que le penetre el adobo, se frota con sal, pimienta, ajos y una gotas de limón; en una fuente se echan tres cucharadas de aceite y se meten al horno, cuando está bien caliente se echa el pescado y se mete al horno y se está bañando con el mismo aceite caliente hasta que esté medio suave; aparte se fríen dos dientes de ajos pelados y majados en una cucharada de aceite, cuando están dorados los ajos se sacan y entonces se echa una cebolla y un chile dulce cortados en tiritas, cuando la cebolla está suave, sin dorarse, se echan dos tomates pelados y sin semillas, sal pimienta y media cucharadita de azúcar; cuando el tomate está un poco suave se vierte la salsa sobre él y se sigue bañando el pescado con la salsa hasta que esté completamente suave y se sirve.

Pastel de Legumbres

Se ponen a cocinar en agua con sal: zanahorias tiernas, chayotitos tiernos pelados y zapallitos bien tiernos y unas seis cebollitas tiernas; el agua en que se cocinan estas legumbres se aprovecha para la sopa; aparte se cocinan en agua con sal unas papas con su cáscara, cuando están suaves se les escurre el agua y se dejan enfriar sin mojarlas en agua fría; aticipadamente se ha sudado una libra de lomito de res bien condimentado para que quede bien gustoso y se corta en cuadritos pequeños; las papas se pelan y se cortan también en cuadraditos pequeños; todas

las legumbres se cortan en tiritas o cuadraditos; se pone a derretir una cucharada de mantequilla, se retira del fuego y se le agrega una cucharada de harina, se mezcla bien, se vuelve a poner en el fuego meneándola bien para que se fría un poco la harina, se le agrega caldo hirviendo hasta formar una salsa rala, se condimenta con pimienta y sal y se le agregan una aceitunas sin las semillas y partidas en tiritas y unas alcarras, con esta salsa se mezcla todas las legumbres y se rellena el pastel.

Pasta para este pastel

En la tabla de amasar se ponen dos y medio vasos de los de casco de harina, en el centro se echa una cucharada de royal, cernido, media cucharadita de sal, dos cucharadas de manteca, cuatro cucharadas bien llenas de azúcar y un huevo entero y se le va agregando agua con hielo y se va mezclando con un cuchillo hasta formar una pasta suave que se pueda amasar y que no se pegue en los dedos, se prueba para saber si está buena de azúcar y se deja un ratito en el hielo; se unta un molde de pastel o un pirex con manteca, se extiende la mitad de la pasta hasta que esté bien delgada y se pone sobre el molde, se le echa la preparación y se cubre con la otra mitad de la pasta bien delgada. Se pegan las dos pastas con los dedos alrededor y con un tenedor se le hacen unas punzaditas a la pasta de encima; se bate un huevo con una cucharada de agua y se pinta con una brocha por encima el pastel con este huevo y se mete al horno caliente hasta que esté dorado.

Usted puede vivir muchos años con el corazón dañado

"En el anfiteatro de una clínica de Edinburgo, Irlanda, dirigida por Sir James Mackenzie, eminente especialista para enfermedades del corazón, rebosaba en estudiantes y doctores, muchos de los cuales esperaban una discusión intelectual y espectacular. El primer paciente que sirvió de ejemplo fue una mujer de mediana edad que había padecido desde su juventud una enfermedad causada por el reumatismo. Su corazón había "compensado", o sea funcionado bastante bien todos esos años. Hacía apenas tres meses que de repente se agravó el daño en el corazón y la obligó a guardar cama mucho tiempo. Después de leer el informe detallado del caso de esa señora, el doctor Mackenzie no dictó una conferencia a los estudiantes y doctores como ellos lo esperaban sino que se acercó a ella y le preguntó si acababa de mudarse de casa, a lo que contestó diciendo que por muchos años había vivido en el sótano de una casa de apartamentos pero que hacía tres meses que se había mudado a otra donde estaba obligada a subir tres tramos de escalera varias veces al día. El doctor se encogió de hombros y se sentó (tomado de "Disease and the Man", por el doctor Roger Lapham).

Creo que aquel cuento sencillo de la clínica para enfermedades cardíacas es una lección impresionante para los doctores, puesto que el factor más importante que deben tomar en cuenta al estimar la gravedad de una enfermedad cardíaca, es la cantidad de trabajo que puede hacer actualmente. En mis días estudiantiles era para nosotros de mayor importancia el ciclo (período en que las mismas funciones se repiten) en que ocu-

rría el murmullo así como también la válvula o válvulas dañadas.

Al comienzo de la guerra europea esos factores todavía se consideraban importantes. Sin embargo, según el doctor Mackenzie, el factor más importante que hay que tomar en cuenta al estimar la gravedad de la condición de dicho músculo es la fuerza muscular del corazón, lo que se puso de manifiesto la participación en la guerra europea de miles de soldados en cuyos corazones se percibían murmullos; y prestaban servicios activos.

La lección a las personas que padecen del corazón es recordar el cuento de la señora que tenía el corazón dañado pero no se quebrantó hasta que llegó a la edad mediana y se vio obligada a subir tres tramos de escalera varias veces al día. Mientras vivía en el sótano o piso bajo la casa no le imponía excesivo esfuerzo a su corazón y hacía lo que le requería de él.

CLINICA DENTAL

DOCTOR PERCY FISCHER

Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales

Rayos X

TELEFONO 3105

50 varas al Oeste de la Iglesia del Carmen

GMO. NIEHAUS & C^o

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda "VICTORIA"

" de Santa Ana, Hacienda "LINDORA"

" de Santa Ana, Hacienda "ARAGON"

ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.

ALMIDON, marca "Rosales", Hacienda "PORO"

Calidades insuperables

Precios sin competencia

AL POR MAYOR - AL POR MENOR

Apartado 493 — Teléfono 2131

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODOS

PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

La Modestia

Cuentan los mitólogos que asignado en el Olimpo el lugar que habían de tener cada pasión y cada virtud, queda *desalojada* la modestia; y como se quejase ante el padre de los dioses, "Tú, le dijo, vivirás con todas; a todas acompañarás".

Despréndese de esta fábula, que si no era generalmente practicada, era a lo menos estimada la modestia entre los pueblos de la antigüedad. Hoy que la modestia brillá esclarecida por el rayo de luz del cristianismo, tiene mayores títulos a la estimación: la modestia está tocando con la *humildad*; y la humildad es una gran virtud, virtud que prepara el alma para todas las virtudes.

La belleza puede producir admiración.

La virtud es el único germen vigoroso de la simpatía. El amor sin la modestia es fuego que puede abrasar y desaparecer: el amor acompañado de la modestia, es fuego que vivifica y nunca desaparece.

Hablemos a las mujeres con sinceridad desde sus más tiernos años; acostumbremoslas a la buena fe; huyamos de todas las exageraciones, y la modestia prosperará.

La sociedad moderna elogia hasta el entusiasmo la modestia de las mujeres, y trabaja hasta la desesperación por destruirla. No parece si no que la modestia es una enfermedad, y que tan pronto como la descubrimos en una mujer, nos apresuramos a curarla de ella.

Severo Catalina.

Consultorio Religioso

Una escrupulosa pregunta

Acabo de hallar en las puertas de mi casa una cuartilla de papel con una oración, que dice ser milagrosa, si se manda copiada nueve días a tres personas distintas. Está escrita a máquina. Se asegura en ella que a los nueve días recibiré una gran alegría, que la suerte me acompañará toda la vida; y que, si en cambio, trato de romper esta cadena que está dando vuelta al mundo, perderé un ser querido, trono o fortuna, citándome lo que sucedió a un señor... a quien se le derribó la casa, matando a toda su familia.

¿Qué debo hacer?

Respondo a la escrupulosa: Se trata de supersticiones manifiestas, a veces de propandas intencionadísimas contr la verdadera piedad y devoción, a fin de crear a lo menos un ambiente de duda y de temor y hacer creer en cadenas de felicidad y otras zarandajas teosofistas.

Dios hace milagros, pero cuando quiere y donde quiere y a quien quiere, mayormente si se los piden con oración humilde y fervorosa. Basta recordar Lourdes. Y en cuanto a desgracias

e infortunios, recuerde usted una vez más que no cae ni un solo cabello de la cabeza sin la voluntad de Dios. Por otra parte, recuerde también que la iglesia nunca propaga sus oraciones y devociones con amenazas de terribles adversidades a quien no las haga. Y a su pregunta final, contesto que lo que debe usted hacer es quemar inmediatamente esa cuartilla y cuantas caigan en sus manos, de esa índole, en adelante. Y así evitará usted la superstición de otras muchas almas, que no consultan y son demasiado crédulas en cosas que no deben serlo.

FILTIRE.

Proverbios árabes

El loco tiene el corazón en la lengua; el sabio tiene la lengua en el corazón.

No levantes tu espada sobre la cabeza de quien te pide perdón.

Quien la fama tiene perdida, muerto anda en vida.

Hablar sin pensar, es tirar sin apuntar.

Más hiere la mala lengua que una espada afilada.